

PRIMER PREMIO 13-16 AÑOS  
CONCURSO «DEFENDEMOS LOS DERECHOS HUMANOS»  
AMNISTÍA INTERNACIONAL ALMERÍA

# Por amor y no por imposición



**Beatriz Bazán Miralles**

Estudiante  
lubami@hotmail.es

**Aula Viva** publica reflexiones, artículos y experiencias de comunicación y educación realizadas tanto en la enseñanza formal como no formal, escuela infantil, primaria, secundaria, educación de personas adultas o universidad, en un amplio espectro de posibilidades. Generalmente son propuestas realizadas por profesores en sus aulas o por organizaciones culturales y sociales.

**S**uena el despertador. Hoy, como cada mañana, me preparo para un largo día de clase. Antes de continuar con la historia me presentaré un poco. Me llamo Fátima, tengo 16 años y, aunque actualmente resido en España, soy de origen turco.

Mi madre, que se llamaba Marta, conoció a mi padre cuando viajó a Turquía. Ella era una famosa periodista española y fue destinada allí para cubrir un programa sobre la vida en los distintos países del mundo. Fue entonces cuando se enamoraron y mi madre dejó su vida en España para formar una familia con él. Y así lo hicieron, aunque no todo salió como esperaban. Cuando mi madre estaba cubriendo una noticia sobre una revuelta que habían generado los rebeldes, bombardearon Estambul y desgraciadamente ella fue una de las miles de víctimas de ese maldito atentado. Desde entonces, mi padre comenzó a cambiar. Empezó a ser más introvertido y pasaba las noches en la mezquita. Tras un tiempo, nos obligó a mi hermana Zaina (la cual tiene 23 años) y a mí a aprendernos cada página del Corán, rezar 5 veces al día en dirección a la Kaaba (La Meca), hacer el ramadán y llevar hi-yab al llegar a la pubertad. En múltiples ocasiones, Zaina y yo le preguntamos por nuestra familia materna, que vivía en España. Pero él nunca nos dio respuesta a aquella inquietud que teníamos.

Por motivos de trabajo, nos trasladamos a Almería hace unas tres semanas. La verdad es que me encanta esta ciudad. He co-

nocido a mucha gente, que ha sido muy amable conmigo. Aunque lo que más me cuesta es ignorar a algunas personas que me insultan por mi lugar de procedencia.

Además, no ayuda mucho la cantidad de atentados que hoy en día se están llevando a cabo por todo el mundo en nombre del islam. Porque yo sé bien que lo que defiende el Corán es la paz y no la masacre que algunas agrupaciones terroristas realizan. Pero algunas personas no lo ven de esa forma y, cuando te ven pasar, se cambian de acera solo para evitar cualquier tipo de contacto conmigo o con Zaina.

Hoy nos han mandado hacer un trabajo de Historia. Al principio me tocó hacerlo con un chico, Saúl, pero él se ha negado rotundamente a hacerlo conmigo. El porqué, lo sabemos todos. Sí, lo que estáis pensando, porque soy «mora».

- Me parece una razón sin fundamento alguno y la verdad que un tanto racista por tu parte Saúl – exclamó Don Rodrigo.

- Perdóneme, pero no voy a cambiar mi decisión. Además, que yo sepa, España es un país con libertad de expresión.

- Ya Saúl, y lo es. Pero la libertad de expresión es la libertad de opinión sin ofender ni asaltar la libertad de otras personas.

- Déjelo Don Rodrigo, él no va a cambiar de opinión. Yo haré el trabajo con Fátima - exclamó Mario.

Desde ese día Mario y yo nos hicimos muy buenos amigos. Nos apoyábamos el uno en el otro siempre que lo pasábamos mal. Vivíamos todas las aventuras juntos, hasta el punto de que nues-

tros sentimientos empezaron a cambiar. Y mi padre no tardó mucho tiempo en darse cuenta de que sentíamos algo el uno por el otro. Le sentó muy mal que me hubiera enamorado de un chico que no fuese musulmán, puesto que según las antañas creencias de mi padre, eso era considerado una blasfemia y deshonor a mi religión. En multitud de ocasiones intenté que se diera cuenta de que el amor no entiende de religiones ni etnias, pero no servía de nada.

Un día llegué a casa después de un largo día de instituto. Al entrar, me quité el hiyab, puesto que hacía mucho calor. Me percaté de que teníamos visita. Y no una cualquiera, porque estaban hablando en árabe, así que me puse el pañuelo de nuevo. Entré al salón para dar la bienvenida a la visita, aunque no sabía quién era. O, mejor dicho, quiénes eran. Al parecer, el hombre más mayor, de unos 40 años era un amigo de mi padre, que conoció en la mezquita de España y el otro hombre, que debería tener unos 20 años era su hijo. Se llamaba Omar. Pero lo que yo no sabía era que la conversación, cuyo tema principal era yo, me helaría la sangre.

- Fátima, te presento a tu próximo marido. Se llama Omar y es perfecto para ti- dijo mi padre con gran entusiasmo.

- ¡Pero cómo me voy a casar con él si ni siquiera lo conozco! - grité confusa.

- Pues lo harás sí o sí. Mi hijo te ha elegido a ti de entre el resto de mujeres.

¡Deberías de sentirte halagada! - dijo el padre de Omar.

- Si creéis que me voy a casar con él estáis soñando. No lo haré. Me casaré con quien yo quiera y ame de verdad.

En ese momento, mi padre me dio una bofetada. Me quité el hiyab y se lo tiré. Él comenzó a pegarme una y otra vez sin parar después de que nuestros invitados se marcharan. En un descuido de mi padre, corrí con todas mis fuerzas hasta que conseguí escapar de aquella prisión en la que se había convertido mi casa. El único sitio que se me ocurrió para refugiarme fue en casa de Mario. Sus padres: Sara y Daniel, me acogieron con los brazos abiertos. He de decir que vivir en una familia unida me produjo melancolía, pero, a la vez, me sirvió de aliciente para cumplir un sueño

que tengo pendiente: encontrar a mi familia materna. Creo que no será nada fácil, pues no sé casi nada sobre ellos, solo que viven en Almería y los apellidos de mis abuelos, si es que aún siguen vivos. Cada noche sueño con como sería el reencuentro con ellos. La familia «Fajardo Camacho» unida de nuevo. Y cada vez que pienso en ello, intento sin éxito alguno, que las lágrimas no broten de mis ojos. Debo mantenerme fuerte si quiero encontrar a mi familia.

- ¿Qué te pasa Fátima? ¿Por qué lloras?- me preguntó un tanto asustado Mario.

- Quiero encontrar a mi familia. Desde que mi madre murió, mi padre se volvió muy radical. Ayer me escapé de casa porque me obligó a volver a Argelia para casarme con un hombre al que ni siquiera conozco.

- ¡Pero eso no está prohibido? En la «Declaración de los Derechos Humanos» dice muy claro que el matrimonio impuesto de menores de edad es un delito.

- Ya, pero mi padre no atiende a razones. Me siento culpable porque mi hermana Zaina sigue en casa sometida a leyes impuestas por mi padre. En esa mezquita le han comido el cerebro.

- Pero tú no tienes la culpa de nada. Y yo te ayudaré en todo lo posible para que encuentres a tu familia y puedas escapar con Zaina a un lugar seguro.

Y, aunque sé que es duro, ¿no te has planteado denunciar a tu padre?

- ¿Cómo voy a hacer eso? ¡Es mi padre!

- Deberías hacerlo. Por tu seguridad, la de tu hermana y la de muchas chicas musulmanas. No sé si sería capaz de denunciar a mi progenitor, pero tal vez Mario tenga razón.

- Y ¿cuál es el apellido de tus abuelos maternos? Mis padres conocen a

mucha gente, tal vez los conozcan y nosotros aquí, montando un melodrama.

- Fajardo Camacho.

- Pues aquí no son unos apellidos muy comunes. Mañana mismo, al salir del instituto, comenzaremos nuestra investigación.

Al día siguiente, me llevé una aterradora sorpresa. Mi padre y Omar estaban esperándome a la salida del instituto. No sabía qué hacer. Mi corazón comenzó a latir tan fuerte que parecía que se me iba a salir del



pecho. Lo primero que se me ocurrió fue esconderme con Mario en el armario de la Biblioteca, pero estaba cerrada. Me quité una horquilla que sujetaba el hiyab y forcé la cerradura hasta que ésta se abrió. Creo que pasamos allí una o dos horas. Mi padre, al ver que no salí del instituto, entró en él y, junto a Don Rodrigo me buscaron por todo el instituto. Por suerte no encontraron ni rastro de mí.

Al volver a casa de Mario, mi padre me vio y echó a correr detrás de mí. Nos escondimos en un callejón próximo a nuestro destino. Menos mal que no se percató de ello y pudimos volver a casa sanos y salvos. Sara y Daniel, que en estos días habían cumplido el papel de mis padres, al ver nuestras caras de desesperación, corrieron a abrazarnos. Les conté todo lo que nos había pasado con respecto a mi padre. Daniel, que es abogado, me ofreció su ayuda para encontrar a mis abuelos, tíos y primos maternos desde la legalidad y Sara que es psicóloga, me ofreció sus conocimientos para sobrellevar y ser capaz de controlar mis sentimientos durante mi pesadilla. No podré nunca agradecerles ni a Mario ni a sus padres el trato que estoy recibiendo. Me consideran parte de su familia y eso no lo hace cualquier persona.

Como hoy no teníamos deberes, aprovechamos toda la tarde para recabar información sobre la familia «Fajardo Camacho». Introdujimos los apellidos en el buscador 'Google' y... ¡sorpresa! Encontramos el nombre completo de mis abuelos en un artículo de «La Voz de Almería» a cerca de la muerte de mi madre. Según el titular «Marisa Camacho Sáez y Miguel Fajardo León lloran la pérdida de su hija, la famosa periodista Marta Fajardo Camacho».

Debido al incidente de ayer, Sara llamó al instituto para avisar que no iríamos a clase durante un tiempo debido a la asistencia a un concurso de narrativa. En realidad, nos quedaríamos en casa. Con mi padre en mi busca, nuestra vida peligraba, y mucho. Además, para no perder conocimientos, Daniel nos impartiría clase. Pero no creáis que por ello dejamos nuestra investigación a un lado. Al contrario, al pasar más tiempo en casa adquiríamos más información para llegar al fin de nuestro caso.

Con el tiempo, conseguí la dirección de la casa de mis abuelos.

Aunque más que casa es una mansión. Estaba muy emocionada. Al fin mi sueño se haría real. Hoy, acompañada como no de Mario iría a conocerlos.

Me puse el vestido favorito de mi madre. Ella me lo regaló antes de convertirse en cenizas de una masacre. Me contó que era su vestido favorito y que perteneció a su madre, a mi abuela.

- ¡Qué guapa estás hoy! No sé si sabes que vamos a conocer a tu familia, no a desfilas en la pasarela de la Madrid Fashion Week-

me dijo Mario.

- ¡Qué tonto eres! – le dije cariñosamente. - Es una ocasión importante.

Además, solo me he puesto un vestido, no es para tanto.

- Lo que tú digas. Anda vámonos que no es de muy buen gusto llegar tarde.

Conforme nuestro camino iba llegando a su fin, unas mariposas comenzaron a revolotear dentro de mi estómago. Estaba muy nerviosa. ¿Y si no quieren conocerme? ¿Y si creen que lo que les digo es falso? ¿O piensan que solo hago esto por dinero?.

En un abrir y cerrar de ojos ya habíamos llegado a la mansión. Toqué al timbre, aunque con dificultad. Estaba temblando. Nos abrieron la puerta al cabo de unos minutos. Mario cogió mi mano y nos adentramos en el inmenso jardín botánico que rodeaba a la vivienda. Todo era precioso.

- Buenos días señorita. ¿Qué desea?

- Me gustaría hablar con usted y su mujer, si no le importa.

- Por supuesto que no. Ya veo que viene acompañada. Pasen dentro, que hoy es un día muy caluroso.

- Muchas gracias.

Pasamos al interior de la casa, que era tan magnífica como imaginamos. Un gran y luminoso salón de ventanas más bien propias de catedrales góticas. Mientras nos sentábamos, Miguel acudió llamar a mi abuela. Cuando ella llegó, unas lágrimas estuvieron a punto de escaparse de mis ojos. Era exactamente igual a mi madre. Los mismos ojos, la misma sonrisa.

- ¿Cómo se llama? ¿De dónde ha sacado ese vestido? – me preguntó Marisa atónita.

- De eso venía a hablarles. Me llamo Fátima y soy la hija de Marta Fajardo Camacho. Ustedes son mis abuelos.

- Eso es imposible – interrumpió Miguel- Si Marta hubiera tenido una hija, nos lo habría dicho.

- Sé que llevaban años sin hablarse por la decisión que tomó mi madre de irse a Turquía. Por eso no les contó nada. También sé que este vestido perteneció a usted, Marisa y que decidió regalárselo por su decimosexto cumpleaños.

- Pero si eres nuestra nieta, ¿por qué nunca te interesaste en venir a conocernos?

- Cuando mi madre murió, nos quedamos viviendo en Estambul con mi padre. Después de su muerte, él no volvió a ser el hombre que conocíamos.

Se radicalizó. Mi hermana Zaina y yo le preguntamos miles de veces por nuestra familia materna, pero nunca obtuvimos respuesta alguna. Hace un tiempo escapé de casa y comencé a buscarlos.

- ¿Y por qué te escapaste de casa?  
 - Porque mi padre quería que volviera a Turquía para casarme con un desconocido.

Un gran silencio invadió la sala. Se les heló la sangre.

- Sé que esto que voy a decir te va a resultar doloroso oírlo, pero tienes que denunciar a tu padre. El matrimonio infantil, y más si es por conveniencia y no por amor, es totalmente una ilegalidad con respecto a la Declaración de los Derechos Humanos- expuso el abuelo.

- Eso mismo me dijo Mario. Y creo que es lo que voy a tener que hacer.

- A partir de hoy, tu hermana y tú residiréis en esta casa. Os enseñaremos las habitaciones que quedan libres y elegiréis la que más os guste. Te cambiaremos de instituto y a este joven que te acompaña también. Cuando tu padre quede arrestado y estéis a salvo, volveréis a vuestra escuela habitual.

- Además este joven puede venir aquí siempre que quiera- dijo el abuelo.

- Muchas gracias por todas las molestias que os estoy dando.

- No te preocupes Fatimita, solo defendemos los derechos humanos y en tu caso se están incumpliendo. Eso no lo vamos a permitir.

- Exacto. Y como dice el dicho: «hoy por ti, mañana por mí» – finalizó Miguel.

Mis abuelos nos invitaron a comer una gran paella. Después fuimos a casa de Mario, recogí mis cosas y me despedí de los que fueron mis padres durante algún tiempo. Mi querido caballero andante me acompañó hasta la casa de mis abuelos y nos fundimos en un eterno abrazo.

Ya en mi nuevo hogar, me perdí entre la espesa maleza y mis abuelos me recibieron con una inaudita noticia: habían detenido a mi padre por imposición del matrimonio infantil y por captación y enaltecimiento del terrorismo. La fiscalía pedía para él un total de 19 años de cárcel, aunque todavía no se sabía con gran certeza.

Después de unos cuantos años, en la fiesta de mi vigésimo octavo cumpleaños, les comuniqué una maravillosa noticia a mis familiares y amigos. Me habían ascendido a jefa en la Organización de defensa de los Derechos Humanos en la que trabajaba. Pero la gran sorpresa sin duda me la llevé yo, cuando vi a Mario, que era mi actual pareja, arrodillarse ante mí con un anillo entre las manos. Me iba a casar, pero esta vez sería por amor y no por imposición.

